Roberto Arlt, viajero: la novela de Europa

Blas Matamoro

Calendario

En general, Roberto Arlt fue un viajero módico. Si se contabilizan sus crónicas —por millares— la inmensa mayoría registran deambulajes por Buenos Aires. Según ocurre a los porteños, el llamado interior del país lo llamaba poco. Iba a Córdoba, a ver a su primera mujer porque era tuberculosa y debía tratarse en sanatorios de la sierra, aparte de que el matrimonio consistía en una peleona intermitencia. Recorrió el litoral argentino, Uruguay, un par de ciudades brasileñas, Santiago de Chile: fronteras patrias. Sólo hizo un viaje trasatlántico, uno de esos recorridos por el mar de los piratas que tanto encantaba a su lado rocambolesco. Se encaminó a Europa. En esto, como en tantas otras cosas, fue un argentino anómalo. Ni visitó París ni (re)conoció las tierras de sus padres. Se quedó en España y, otra vez, pisó la frontera, esta vez la que separa/une a Europa con África.

Lo fronterizo es decisivo en él, como en cualquier sujeto de país inmigratorio. Estando en Buenos Aires, registraba fronteras apenas perceptibles, siempre yendo de Occidente a Oriente, en busca de turcos, judíos sefarditas, árabes, armenios, sirios o libaneses. Zaguanes pringones y penumbrosos, humeantes de opio y con cierto relente a fritos mediterráneos, escenografías para la novela de la *vida puerca*. Él llevó siempre la frontera por dentro. Su padre era alemán y hablaba alemán, qué remedio; su madre era austrohúngara de Trieste y hablaba italiano. Roberto fue a la escuela sólo hasta el quinto grado, para aprender castellano, lengua que nunca terminó de dominar y que mezcló con soberbiosa alegría a los mestizajes coloquiales de las calles porteñas. Comprobó,

por enésima vez, que la literatura es más que la lengua aunque sea por ser menos que ella.

La Europa a la cual llegó es la interbélica, la que vive el armisticio que va de la primera parte de la guerra mundial a la segunda, de 1918 a 1939. Una Europa medio arruinada por los bombardeos y la Gran Depresión, bastante asustada por la revolución rusa, donde flota el fantasma de que la civilización conocida —algunos la llaman capitalista— está en demolición y debe liquidarse. Hay dos salidas, ambas dictatoriales: la bolchevique (Lenin es presidente de la URSS en 1923 y Stalin, mandamás a partir de 1928) y la amplia gama de los autoritarismos militares y los fascismos: Mussolini (1922), Primo de Rivera (1923), Polonia y Portugal (1926), las encubiertas dictaduras del rey Alejandro en Yugoeslavia (1929) y del canciller Dollfuss en Austria (1932), preludio de la insurrección socialista de 1934, contemporánea de la española en Asturias. En 1935 los italianos invaden Abisinia y Hitler, tras ser elegido canciller en 1933, lo hace con Renania en 1936. Es el año en que se establece la dictadura militar en Grecia, en Francia y España ganan las elecciones los Frentes Populares, se organiza el Eje Roma-Berlín y Rosevelt es elegido nuevamente presidente hasta merecer la distinción de dictador que le otorga Paul Valéry. Ciertamente, existe la Sociedad de las Naciones, fundada en 1920 a iniciativa de otro presidente americano, Wilson, pero de la cual no participa su país y que en 1925 apenas concita a 55 Estados.

La etapa arltiana de España coincide con la Segunda República, jaqueada constantemente por el golpe monárquico de Sanjurjo (1932), la sublevación anarquista (1933) y la citada socialista de 1934. Los monárquicos, tras verse con el Duce en Roma, firman allí mismo y ese año un pacto para derrocar al régimen republicano, cuando el general Franco, en la penumbra del ministerio de la Guerra, dirige la represión asturiana —5.000 muertos y 30.000 presos— que es el ensayo de la guerra civil. En mayo de 1935, el ministro Gil Robles lo hace jefe del Estado Mayor.

Desde entonces, con la formación del Frente Popular, el golpe de Estado sigue incrementándose y postergando, ya que, en caso de no imponerse en un par de días, las consecuencias serían imprevisibles, sin descartarse lo que luego efectivamente ocurrió. Con el triunfo del Frente en febrero de 1936, las derechas presionan

para obtener la ley marcial. El gobierno sólo impone el estado de alarma. Las izquierdas destituyen al presidente Alcalá Zamora y Martínez Barrio lo sustituye provisionalmente. Azaña, jefe de gobierno, manda a Franco a las Canarias.

En este momento, el gobierno de izquierdas se debilita y Azaña sólo cuenta con los republicanos, ya que los socialistas de Largo Caballero le retiran su apoyo. También fracasa la elección de Azaña como jefe de Estado y Prieto como primer ministro. Bandas de falangistas y cedistas provocan en las calles, se incendian iglesias y conventos. Finalmente, Calvo Sotelo es asesinado y el 13 de julio de 1936 Franco se decide por el golpe, que tiene lugar entre el 17 y el 18. Este doble calendario es el trasfondo de las aguafuertes que Arlt escribe desde Europa.

Para entonces lleva una intensa carrera como periodista. En 1927 es cronista policial en *Crítica*, un curioso vespertino conservador-liberal-populista que apoyará a los republicanos en la guerra civil española. En 1928, la editorial Haynes lo ficha como columnista diario en el matutino *El Mundo*. En él se publicarán las *Aguafuertes españolas*, en tanto las de Marruecos irán en los semanarios *Mundo Argentino* y *El Hogar* (revista donde ocupará espacio Jorge Luis Borges, que también fue colaborador de *Crítica*). El viaje empezó el 14 de febrero de 1935 (Buenos Aires-Cádiz) y terminó el 28 de abril de 1936 (Barcelona-Buenos Aires). La editora le aumentó la remuneración de 300 a 400 pesos. Arlt pensaba conocer no sólo España sino también Portugal, Marruecos y África (sic). Llevaba, aparte de su tarea de cronista, dos proyectos que no pudo cumplir: estrenar sus obras de teatro y conseguir capitales para una fábrica de medias «eternas», invento que parece más propio de alguno de sus siete locos y digno del autodidacta nutrido de revistas científicas en una biblioteca de barrio.

En caso de sintetizar, diría que el viaje europeo de Arlt puede constituir una fragmentaria novela montada sobre una tensión: la ciudad que pueblan los proletarios y los burgueses, vista por un escritor de izquierdas que participa desde 1932 en una Unión de Escritores Proletarios inspirada por los comunistas; y el mundo aldeano y rural, donde hay un pueblo que conserva tradiciones ancestrales. La historia dinámica y la mitología estática. Cuando está en una de estas porciones, Arlt siente nostalgia de la otra y en

ambas se gratifica con lo que ven sus ojos ávidos de imaginario asaltante: la pimpante modernidad y la primitiva y constante vejez arcaica. La literatura hace dialogar al ¿marxista? con el anarquista populista. Con ello, el escritor se convierte en uno de sus personajes. El 13 de noviembre de 1935 escribe: «(...) este conjunto de cosas modernas y antiguas simultáneamente (...) constituyen el conjunto más enloquecedor y simbólico de lo que es Europa.»

Códigos del viajero

Cuando sale de su lugar habitual, cualquiera lleva, al menos, dos códigos que lo sostienen en medio de la extrañeza, al verse privado de las gentes, los espacios, las cosas y las palabras cotidianos: la memoria del lugar abandonado y la sensación de estar en una frontera, entre el yo de costumbre y el mundo extraordinario. Arlt refuerza esa suerte de dialéctica porque es fronterizo y porteño.

En el Sacromonte granadino, laberinto de cuevas, se pregunta si está en Europa o en el Norte africano. Sólo se contesta cuando siente sed y cualquiera le alcanza un botijo con agua: la gente es la gente. Quizá su pregunta repita la figura de Baroja, uno de sus maestros, refiriéndose a Madrid: es la ciudad donde se llega más rápido de un bulevar de París a un aduar en el desierto sahariano. Vayamos al otro código.

En Bilbao ve a personajes propios de los barrios burgueses y patricios de Buenos Aires (¿acaso recordando la proliferación de apellidos vascos en la llamada vieja oligarquía argentina?). Junto a portales de mármol y cristal, con autos Austin en la calle y pérgolas y canchas de tenis en las terrazas, hay porteros de levita, mucamas de uniforme, institutrices inglesas que hablan en inglés, camareros de café con charreteras doradas sobre níveas chaquetas.

Igualmente, los barrios pobres: carbonerías con mínimas luces, ropa colgada en los balcones, mujeres traperas y remendonas, madres que amamantan, ropavejeros mugrientos, chicos abandonados que mendigan meriendas, todo sobre un fondo de palomares promiscuos y oscuros que parecen hormigueros o termiteras humanos, e iglesias negruzcas y ruinosas. En fin: un suburbio industrial dickensiano de familia porteña. La única diferencia con-

siste en que el obrero argentino, al salir del trabajo, se endominga, se viste de burgués, enmascara su pertenencia social y, en vez de deambular por callejones estrechos donde nunca es de día, pulula por calles anchas y llanas, coronadas de horizontes. La memoria que asimila o diferencia sigue funcionando.

En Tetuán, modernos cines y casas de pisos le recuerdan a Rosario de Santa Fe y el Retiro porteño. Madrid, con sus calles populosas, se parece a Buenos Aires, siendo la octava parte de ella y esto se debe a que sus vías son más estrechas y hay más mujeres que salen a trabajar, notándose su abundancia callejera. En cambio, en la capital como en la Mancha, la ropa está seca y limpia todo el día, a diferencia de Buenos Aires donde, como en Galicia, la humedad ensucia el indumento y huele más fuertemente. Lo que une a los cafés madrileños y porteños es la fauna enigmática del desocupado que nadie sabe de qué sobrevive y que se pasa las horas muertas en esos locales. Arlt acuña una palabra para nombrar a esa gente: la *atorrancia*, que proviene de atorrante, gamberro, con lo cual podría también traducirse por *gamberrancia*, que la mejora porque involucra la errancia, el vagabundeo, el no lugar permanente que se disimula en la mesa del café.

En general, la mirada arltiana se sorprende al comprobar la antigüedad de las cosas. Títulos y blasones en las fachadas de las casas señalan que aquí hubo una verdadera aristocracia. Al fechar los objetos, se comprueba su duración, su solidez frente a la sensación de fragilidad que tiene lo recién hecho. A veces, el viajero se mete en un cine —una de las drogas favoritas del escritor— para volver a ver unos rascacielos neoyorkinos acechados por los *gangsters* y acabar preguntándose si pertenecen al mismo planeta.

Un rasgo notable es la revisión que Arlt hace de los tópicos frecuentes que el argentino emite respecto al inmigrante, como si rechazara a sus ancestros sin saberse bien desde qué punto de vista. Le ocurre sobre todo en Galicia. El humor, el sainete, la literatura y el cine, insisten en la caricatura del «gallego bruto». Se enciende, entonces, el elogio opuesto: el gallego es laborioso porque todo lo labra en piedra, rehusando la facilidad de la madera, que tanto abunda en su tierra boscosa. Así sus aldeas se alegran, piedra entre verdor. Cuando no trabaja la tierra ni la piedra, el gallego se lanza al mar y se encuentra con América.

Como síntesis de las dos memorias cabe indicar lo que podría llamarse la mirada estetizada del viajero que, a la vez que viaja por el mundo, lo hace por su propio mundo de referencias artísticas, las que le permiten cuajar impresiones en palabras. El mundo puerco se torna hermoso al volverse letra. Y así: el escollo de Gastelugach en Euzkadi evoca la *Isla del Tesoro* y aguarda la llegada de unos bucaneros; su paisaje es o parece el de una novela de Walter Scott; el Marruecos típico es el de la película de Von Sternberg que sirvió para presentar a Marlene Dietrich en Hollywood; bajando de la Alhambra halla un paisaje de ballet y canturrea *El amor brujo* de Falla que da nombre a una de sus novelas; a su vez desdeña el granadismo de Washington Irving a quien dedica un juicio indudablemente borgiano («Pertenece a ese género literario que es conveniente no ignorar pero que hay que apresurarse a olvidar»); el rumor del agua en el Bosque del Tapiz hace pensar en Ravel y en Debussy. Y suma y sigue con esta conclusión de pesimismo que no invoca a Schopenhauer sino a un escritor de folletines: «Ya no me asombro de nada. Creo en las novelas de Ponson du Terrail; creo en el disparate; creo en el absurdo.»

Las dos Españas

Arlt percibe a su manera y examinando algunos espacios españoles, una dualidad de Españas que ya esbocé. Admite su carácter coral y se deleita con él hasta advertir que el coro va a actuar en una tragedia. Vayamos por partes.

En el País Vasco, la ciudad y el vasco urbano —ese vasco que Baroja consideraba elocuente, cosmopolita y nada vasco, y cuyo negro ejemplo era, para él, Unamuno— se ejemplifican con Bilbao, «ávida democracia de comerciantes», junto a la cual las ciudades asturianas, gallegas y cántabras resultan ser meras «parroquias». Ya marqué sus válidas reminiscencias porteñas/bilbaínas. Ante ellas eclosiona la admiración arltiana —sin duda, alimentada por las películas mudas soviéticas y del expresionismo alemán— por el titánico espectáculo de los astilleros, las fundiciones y las fábricas de explosivos y de armas (las de Éibar, cerradas en prevención de lo que se estaba viniendo). Aunque decaídas en la década 1925-1935, las coladas de arrabio y los chorros de acero recién fundido

tienen una grandeza infernal. El metal caliente parece oro y suena como la música epónima del ruso Mosolov.

La otra Euzkadi es la de los vascos «esenciales», cuya cifra personal es su compañero de travesía oceánica, el boxeador Paulino Uzcudun, "la bestia apocalíptica con su falsa sonrisa de orangután». Curiosamente, este observador atento de la variedad humana, sin muertos en el armario, elogia la belleza varonil de los vascos: «Soberbiamente hermosos, son posiblemente los más recios ejemplares de hombres que embellecen la carcomida Europa. La frente continuando la recta de la nariz compone en ellos un perfil largo y helénico que casi resulta femenino en el tremendo cuerpo recto y hombruno».

Estos montañeses se divierten con violencia, tajando troncos y rocas, jugando a pelearse y bailando como gimnastas. Tal vez sea cierta la fantasía mitográfica de Sabino Arana, que los hace descendientes de la desaparecida Atlántida. Las muchachas danzan en el frontón como frenéticas bacantes griegas, agitadas por el Demonio que hace muecas flotando sobre una multitud católica. Escoltadas por los hacheros, tienen una suerte de sencilla inocencia arcádica. Se les mezclan las brujas, los brujos y los desembrujadores. En las tabernas, los varones se emborrachan midiendo su virilidad y los sobrios son considerados afeminados. A su vez, las mujeres van allí a recoger a sus ebrios consortes.

Arlt observa la curiosa religiosidad de estas gentes que, en los pueblos, reza a todas horas: antes y después de comer, al ocaso, en la noche, durante la siesta. Hay en su plegaria un anhelo de volver a la Edad Media, cuando la salvación era infalible. Y al paganismo anterior se añade el catolicismo: «Tan entrelazadas la muerte, la religión y la vida que, desde que nace un ser, la iglesia lo prepara para morir» observa el 29 de diciembre de 1935. En las lápidas de las tumbas se juntan frecuentemente las inscripciones piadosas católicas con invocaciones a las ninfas y a los Dioses Manes. Reminiscencias paganas hay en los hechizos gallegos y vascos: fantasmas, dríadas y hadas en un mismo tejido de ensalmos de arcaicas religiones de la vegetación y la vida huidiza que se replica y desaparece para reaparecer y repetir sus ciclos anuales. Cultos agrarios vuelven en las fiestas populares con abundancia de ramajes y flores.

La casa vasca, por su parte, señorial y aislada, difiere del apiñado caserío gallego. Los interiores son adustos, sobrios, limpios y sencillos. En ellos, los capitanes de navío retirados, barojianos una vez más, evocan desde los puertos los mares lejanos y las tierras exóticas de otros puertos. El vasco, rural o navegante, nada tiene que ver con el de las ciudades y las industrias, realidades actuales. Lo otro es fuerte, acendrdo y vagamente antiguo.

El desconcierto del porteño izquierdista estalla ante el espectáculo del nacionalismo vasco. Asiste a un mitin del PNV donde habla José Antonio Aguirre: «Una idea integral y completa que empieza proclamando el derecho de Dios sobre todos los corazones de la tierra y termina reclamando la libertad de la patria para hacerla digna de un pueblo noble». En la campaña electoral de febrero de 1936 el lema es: «Por la civilización cristiana, la libertad patria y la justicia social». Hay en ello un retrato histórico, el de un pueblo que otorgó la hidalguía igualitaria —ideal contradictorio, si los hay— a todos los suyos por medio de los fueros que habían dado soberanía nacional y democrática a su Edad Media. Desde luego, en Baracaldo, lugar de fundiciones, la presencia de proletarios españoles, carentes de hidalguía, merece la denominación nacionalista de ser «el cáncer de Vizcaya».

La guerra carlista contada por un *bertsolari* consiste en la lucha de un pueblo por sus fueros, las «leyes viejas», mientras sus dirigentes lo hacen por un pleito dinástico que el pueblo no entiende. Finalmente, se perdió por la traición de sus generales. Por ello, desde 1914 los hablantes de euzkera empezaron a usar cruces gamadas como las de los nazis. Discurren sobre su raza y su lengua, se refieren a sus presos políticos, sostienen que los obreros vascos son nacionalistas y no socialistas. Vascos y españoles bailan separados, en distintas plazas de un mismo pueblos. Las castas señoras vascas miran mal a las muchachas de España, entregadas a la lascivia de los tangos argentinos. Los vascos, decentes y confiados, en cualquier negocio y con cualquier forastero desconocido, se afirman en su honestidad. Manuel de Irujo compara al PNV con el Arca de Noé. Un lector de hoy encuentra unas lacerantes actualidades. Los nacionalismos, devotos de las esencias, carecen de historia.

En Portugalete, los rudos campesinos lloran al escuchar a Aguirre. Se gritan vivas a la religión y mueras al fascismo, se ensalzan

la honestidad cristiana, al Papa y al pueblo etíope, masacrado por los imperialistas italianos. Arlt duda: ¿estamos en la Luna? y concluye: «Esta raza, enigma de la antropología.»

En Galicia hay similar dualidad. Al revés que en Andalucía, las ciudades son silenciosas hasta la imponencia y en las playas se mezclan las clases sociales. No hay niños que limosnean y las gentes recuerdan a sus familiares en la Argentina, conocen nombres de lugares y negocios de ultramar.

La Coruña es portuaria y moderna. Abundan los cines y las muchachas salen solas o en compañía de unas amigas. Fuman en público y vuelven tarde a casa. Lo que en Cádiz resulta extravagante —una inglesa fumando— aquí es normal. Los preparativos de la guerra civil parecen cosa de los diarios madrileños. Es corriente que los hombres, bronceados por el sol como las mujeres, anden en mangas de camisa o con ropa deportiva. En Pontevedra, Arlt cree ver a la chica más bella del mundo: blanca, de labios sonrosados, pestañas umbrosas, porte altivo y a la vez púdico, mirada de grave perfección.

En general, la gente tiene un aire serio y taciturno, de pueblo antiguo. Sonríe a menudo pero este gesto resulta anacrónico por ser moderno. En las iglesias hay escasa gente, casi todo el público es de ancianas. Las fiestas religiosas son callejeras y parecen francachelas. Los espacios están limpios, sin basura meridional. Se ve poca afición al alcohol. En los cafés suenan orquestinas. No se fuma en los cines ni en los teatros, donde la gente guarda un respetuoso silencio. En Compostela, en cambio, piedra vieja y ausencia de árboles, reina un clima medieval. Los habitantes muestran un aire fantasmático y las voces suenan extemporáneas.

En el campo gallego le llama la atención que la mayoría del trabajo lo hagan mujeres cuyos maridos están en América. Las hay viejas pero también las jóvenes se ven avejentadas por su labor. La escasez de varones se ve compensada por el culto a la piedra, al dios guerrero, al peleador limpio y bárbaro. Ambivalencia, disonancias del coro español. En todo caso, el viajero quiere compartir los trabajos lugareños y ha salido a pescar sardinas con los andaluces y a cazar pulpos con los gallegos. Si los vaivenes del mar lo marean, disimula y no pide asistencia. De última, él es porteño.

Los contrastes se acentúan en Andalucía. En Cádiz, en contra de lo esperado, no halla color local. No es para menos: de sus 80.000 habitantes, 16.000 están desocupados. Las ropas, uniformemente azules y remendadas, las gorras y las alpargatas como único calzado, despiden un aire de pobre dignidad, de uniforme pertenencia popular. Sin embargo, los gaditanos cantan con alegría «picaresca, burlona, que inútilmente trata de convertirse en tristeza». Vigilados de cerca por parejas o tríos de guardias civiles, parecen, a la vez, como el cante jondo, «patéticos y regocijados».

Cuando sale con los pescadores de Barbate, se exalta: «Sólo otros hombres trabajan más ferozmente arriesgados que éstos: los mineros. Pero mineros, campesinos y pescadores son la gloria proletaria de España, la violencia inextinguible que no puede ahogar el homicida fusil de la Guardia Civil». En estas tierras, a diferencia de Euzkadi y Galicia, el debate se oye obsesivamente en las fondas, los cafés, los casinos: la crisis agraria, que mezcla las voces de los propietarios y los peones.

En Sevilla le toca la Semana Santa. La saeta invierte el humor gaditano: es la tristeza alegre. Repite las palabras de Manuel Gómez Fernández, un jurista canónico: «El católico español es apasionado por la liturgia e ignorante del dogma». Hay una mezcla fronteriza que fascina al escritor: la babélica mixtura del turista europeo, de piel blanca y hablas foráneas, con el lujo asiático de los pasos y el trasfondo ya norteafricano. ¿Será la famosa frontera española, el confín de Europa?

Más se acentúa el interrogante en Granada. La Alhambra no lo impresiona demasiado: un arco de herradura repetido y los alvéolos de yeso en unos techos difíciles de observar. «El Patio de los Arrayanes cuenta con una piscina infinitamente menos interesante que la del club Gimnasia y Esgrima». Lee folletos y librillos para turistas: una literatura abstracta, un montón de adjetivos que ni siquiera interesan a los especialistas. Y abunda: «Hay artistas que sufren vahídos frente a esta obra de arte. D´Annunzio se quiso desmayar cuando vio un garrafón árabe, infinitamente menos interesante que cualquiera de los que hoy se cuecen en Tetuán».

En fin, que lo hermoso es el Generalife, con sus chorros de agua simétricos al chorro de verdura de los cipreses. Lo demás es «repulsivo, alfeñicado, afeminado, estilizado, decaden-

te» (podría haber dicho, simplemente: nazarita). Y hermosa es también la casa española, con las fachadas lisas y encaladas de las ciudades andaluzas, sencillas, donde vive la gente que trabaja. Los interiores de la Alhambra son primorosos estuches de la indolencia. Comparada con la catedral gótica, donde cabe toda la población de la urbe porque es como una ciudad de piedra, ejemplifican una arquitectura de la comunidad, la diferencia entre el individualismo aristocrático del Islam y lo social del cristianismo.

Tampoco le gusta la Granada turística, con sus falsos gitanos que bailan en el Sacromonte, ni la cursi de Antonia Mercé, carente de la autenticidad salvaje y brutal del verdadero pueblo. Arlt, novelero impenitente, prefiere que los gitanos vuelvan a empuñar el trabuco en la Sierra Morena y se dejen de mendigar a los turistas. El romance lo ha vencido, no los gitanos ni las gitanas —a las que observa con ojo avizor— que se ganan la vida como buenamente pueden.

África

Por fin, el viajero llega a ese Oriente que ha conocido y que lo ha subyugado en las novelas de aventuras y los chiringuitos turquescos de Buenos Aires. «África, que por momentos nos seduce con su color y en otros emana de su carnaza una bestialidad tan repulsiva que aterroriza». En ella, los niños trabajan desde los seis años en fábricas de chilabas donde contraen tuberculosis y enfermedades deformantes. Son mandaderos, repartidores, talabarteros. También trabajan las mujeres, mientras los hombres huelgan y conversan. En Tánger lo asedian chicos mendigos, vendedores de baratijas, tocadores de flauta y guías de turismo que protegen a los carapálidas en sus laberínticas incursiones por las medinas y las casbas. Asiste a una boda, donde la novia comparece encerrada en una suerte de cesta con cortinas de seda, con el rostro velado. Se ha de casar con un hombre que nunca le ha visto la cara, la que tampoco verán jamás sus amigos. Va de la mezquita a su casa donde su noche nupcial empezará entre las brutales y violadoras manos de las matronas. Es el sacrificio de la doncella.

Las moras rabian de envidia ante la libertad de las europeas y si las dejan concurrir a una escuela franco-árabe demuestran una enorme facilidad para aprender todos los vicios de Occidente. Las que trabajan pueden llegar a ser animales de carga, llevando bolsas de leña y carbón durante días enteros. Arlt las mira con atención. No puede negar que le gustan: le sonríen, lo rechazan y huyen como animalitos. En Tetuán se pierde y el paisaje se le vuelve lunar. Hay gentes embozadas que no lo miran ni le hablan. No sabe cómo salir de la medina y el viaje se convierte en una pesadilla, en una de las muy arltianas pesadillas de su literatura. Está en una «catacumba celestial.»

No obstante siente el peligro, tan europeo, de ser hechizado, de no poder volver a su mundo, a un mundo que acaso acepta por primera vez como suyo, el que ha dejado atrás en Andalucía. Es el amor de lo inmóvil, de lo premoderno, el de las novelas de Pierre Loti. Finalmente, aunque se sienta incómodo dentro de su atavío moresco, se encuentra halagado en una de esas casas que define, eufemístico, como «de las muchachas alegres.»

No deja de ser curiosa la página que dedica a *Las mil y una noches*, libro que no sabemos hasta qué punto conoce. Al revés que Homero, las sagas de Islandia o los Nibelungos, que narran esforzadas hazañas y trabajos infinitos, el libro árabe cuenta cómo un personaje inmóvil sale de su casa volando en una alfombra mágica para meterse en otra casa y recuperar su inmovilidad. Evoca al estático mercader marroquí, que trabaja sentado como el artesano, el notario o el maestro coránico. Su inercia es compensada por su fantasía. Alí Babá abre la puerta de su caverna con un ensalmo, allí donde un héroe europeo libraría un combate. El mercader árabe compra una alfombra mágica en vez de inventar un vehículo. Es hora de volver a Europa, sin dudar ya de la europeidad de España.

Viñetas de Madrid

En el Madrid de 1936 no hay campo ni bucolismo ni ancestralidad pero sí una suerte de burbuja castiza, la más cercana a las noticias tópicas matritenses que llegan a Buenos Aires y que Arlt conoce a través de la literatura. Por eso se complace en recorrerla. Es el Madrid que se despierta con las mujeres que recogen la basu-

ra nocturna y los tostaderos de café en las aceras, que la perfuman de trópico aun en pleno invierno castellano. Las señoras salen a la compra y se mezclan con las prostitutas que vuelven de sus tareas y entran en sus casas. Las calles se pueblan de vendedores: turroneros, castañeros, ofertantes de loterías, marcos de cuadros o paraguas, trufados por esos misteriosos personajes —también de novelería arltiana— que se embozan en sus capas. De las tabernas salen los curas que van a oficiar temprano. En tanto capital, Madrid es bulliciosa pero sus plazuelas tienen un aire remansado, íntimo, provinciano.

Apenas hay fábricas ni obreros en la villa y corte. En cambio, 100.000 empleados públicos. Trabajan de diez a catorce y el resto del día pueblan los cafés, los teatros, las callejas, los cines, los mentideros. Gozan de puestos seguros, ganados por oposición, sueldos de por vida y jubilación a los cincuenta o sesenta años. Tienen, por así decirlo, el café asegurado. Conforman el jocundo Madrid, la ciudad alegre y confiada. Los cafés son su emblema. Arlt los recorre: Acuarium, Granja del Henar, Lido, Negresco, El Cocodrilo, Zahara (este último es el único que subsiste, aunque irreconocible), las tertulias literarias de Ramón Gómez de la Serna —futuro vecino porteño— y Pedro de Répide, un madrileñista erudito. Las mesas son fijas de clientes fijos, como si se tratase de propiedades inmobiliarias. Se forman grupos con un orador y su platea. Los bolsillos esconden manuscritos de inéditas comedias. Hay cafés céntricos y asimismo en los barrios: Moncloa, Lavapiés, Cuatro Caminos. Las mujeres concurren a todos libremente, sin necesitar que las controle un *carabina.* Junto a las jóvenes, las viejas; junto a las damas, las busconas; la empleada de correos codeándose con la actriz conocida y la principianta desconocida.

La Gran Vía erige sus rascacielos. Arlt ve con frecuencia casas de vecinos con siete pisos, que me figuro mal contados, pero la observación de fachada y trastienda es correcta porque detrás de estas alturas permanecen las callejuelas antiguas iluminadas por la noche con un efecto escenográfico que recuerda a los electricistas de Hollywood.

De pronto, en las aguafuertes madrileñas estalla la burbuja castiza. Se anuncia la guerra civil.

Ruido de sables

El 14 de enero de 1936 el cronista comenta la convocatoria de elecciones generales. El gobierno de Portela Valladares ha perdido la confianza del presidente de la República y se impone la disolución de las cortes. La prensa de la derecha rehúye constituir un centro pues dividiría el parlamento en tercios y lo paralizaría. Sólo quedan ella y la izquierda, ésta con sus propuestas de socializar la tierra y la industria, disolver la Guardia Civil y el Cuerpo de Asalto. Es un programa de máximos, que incluye amnistía y readmisión para los despedidos por participar en los movimientos revolucionarios, indemnizaciones pertinentes, procesos a los militares y policías represores. Además: aumentos de salarios y rebajas de impuestos y tasas. Arlt es optimista y ve al Frente Popular como un todo sin fisuras, base del triunfo de las masas: seis millones de votos.

En febrero ganan las izquierdas, hecho que nadie sabe explicar. Con su dirigencia en la cárcel, curas y fuerzas públicas en contra, cuarenta milllones de pesetas en propaganda de la CEDA, lo previsible era una victoria de estas derechas. Los ganadores salen a la calle, hay manifestaciones, tiroteos y muertos. El gobierno decreta el estado de prevención y la censura de la prensa. Se pide, abiertamente, el golpe de Estado para evitar la sovietización de España. Se advierten fugas: gentes, enseres, dinero. La noche del 29 de febrero, las luces encendidas en las ventanas de las pensiones señalan una discusión general. En los barrios burgueses domina la desolación. Las calles están vacías, salvo a la entrada de los palacios, donde se ve a los sirvientes cargando maletas y baúles. En Cuatro Caminos, barrio obrero, hay desfiles con el puño en alto. Los curas se visten de civil y las monjas se refugian en casas amigas. Iglesias y conventos se vacían, en previsión de incendios y asaltos. Efectivamente, ocurren en Barcelona, en marzo, cuando Azaña llega a jefe del gobierno. Su discurso es institucional: la izquierda respeta la Constitución y la hará cumplir, sin activar las milicias obreras. Alcalá Zamora seguirá como presidente. Luego se asistirá a su destitución.

Arlt juzga a Azaña como un jurista ponderado y académico. Se manifiesta contra las dictaduras como ignorando que existen el comunismo y el fascismo, en lucha a lo largo de toda Europa.

Al mismo tiempo, Largo Caballero da un mitin en la plaza de toros de las Ventas donde sostiene que las actuales autoridades de España son sólo unas circunstanciales aliadas del proletariado revolucionario. Las milicias rojas recaudan dinero para bombas y pistolas. Luego desfilan militarmente. Republicanos, socialistas y comunistas se han separado y las elecciones municipales se postergan. La posición de Azaña, sigue el viajero, es razonable pero no responde a la realidad española. Se enfrentan dos poderosas minorías ante las cuales resulta imposible conformar una mayoría de centro que agrupe a partes de las derechas y de las izquierdas.

Los domingos, la gente sale a la calle y abarrota cafés, cines y teatros. Hay necesidad de estar juntos, acaso de prepararse para la lucha. Posiblemente sean las últimas fiestas antes de lo peor. El decreto de amnistía ha sido inútil pues al publicarse, los presos estaban fuera de las cárceles.

El 20 de marzo, Arlt ya advierte que ha llegado el momento prerrevolucionario. Hay atentados de las derechas contra Largo Caballero, Jiménez de Asúa y Eduardo Ortega y Gasset. El juez Manuel Pedregal es asesinado. Ocurren desórdenes y matonaje continuos, especialmente en el desfile del 14 de abril. En la cámara, Gil Robles y Calvo Sotelo llaman abiertamente al golpe, argumentando que el gobierno es incapaz de aplicar la ley y mantener el orden. Arlt recuerda su viaje a Oviedo entre el 5 y el 13 de noviembre de 1935, cuando vio las ruinas de la ciudad, víctima de los bombardeos de unos y los sabotajes de otros, así como de su veloz reconstrucción, obra de los mineros locales.

Llega la huelga general y Largo Caballero rompe claramente con el PSOE. El viajero sigue atento a los discursos de Azaña, su exquisita elegancia intelectual rayana en la frivolidad: ansía una República sin derechas y sin izquierdas revolucionarias. Es evidente que, al fondo, hay una clase obrera que quiere hacer su revolución. Frente a ella, la reforma agraria azañista tardaría diez años en cumplirse, resultando totalmente ineficaz. Quizá lo que no vio Arlt fue que la revolución proletaria que comentaba no tenía un solo modelo, sino varios e incompatibles.

Poco antes de la sublevación franquista, en junio de 1936, Arlt, ya en la Argentina, concedió entrevistas y redactó algunos artículos acerca de los acontecimientos. «Yo llamaría al paisaje español, el

paisaje del miedo (...) del apasionamiento hostil» (30 de junio de 1936). Producido el *putsch*, el 30 de julio, compara a Azaña con Kerensky, que se apoyó en los bolcheviques para derrotar al general zarista Kornilov y luego fue depuesto por los mismos bolcheviques. Su Kornilov es Franco, cuyo alzamiento ha fracasado y abierto la guerra civil. Arlt prevé que una revolución comunista barrerá España como pasó en la Rusia de 1917. El pueblo guerrillero que derrotó a Napoleón sabrá también derrotar a Franco, aunque quizá pueda ocurrir lo contrario, lo del espartaquismo en Alemania. Lo demás es sabido. La serie de las aguafuertes ha terminado.

España y los españoles

Mirta, la hija del escritor, recuerda que su padre, al volver de España, por decirlo de alguna manera, se había españolizado. Tomaba chocolate espeso con churros, a la madrileña, y escuchaba con frecuencia los discos de Conchita Badía, la soprano catalana que se instaló en la Argentina durante la guerra civil y estimuló a los jóvenes músicos a componer canciones de cámara. También recorrían la casa los nocturnos de Falla y las obras de inspiración ibérica de Ravel y Debussy. Hasta alquiló un piano y se dedicó a estudiarlo, acaso para emular a Ricardo Viñes, también entonces vecino de Buenos Aires.

Es evidente una secuela sentimental y sensitiva de España en Arlt: sabores y músicas. Pero también, al hilo de los apuntes veloces y sometidos a la impresión instantánea, ciertos momentos de meditación acerca del país. Sin duda, la guerra civil avivó en él la imagen de una España dual, ambivalente, contradictoria que, a falta de política eficaz, tomó las armas para resolver el conflicto en un duelo a muerte.

Las dos Españas ya han sido esbozadas. Acabó triunfando la que proclamaba el arcaico esplendor de la raza guerrera y católica, encarnada en un caudillo providente: la síntesis de la cruz y la espada. Arlt había recogido opiniones sobre el tema: Joaquín Costa, Luis Jiménez de Asúa, Ortega y Gasset y su teoría de la invertebración, aplicable asimismo a Hispanoamérica: el individualismo tribal, el no contar con el otro, el no admitir la diferencia. Arlt veía personalizada en un individuo la irresoluble dualidad: Miguel de

Unamuno, capaz de sostener de día una opinión y, de noche y con el mismo ardor de convicción, la contraria, sin hallar conciliación alguna entre ellas.

Por ideología, el cronista viajero es partidario de la España ciudadana, modernizadora y abierta al mundo: la portuaria. Pero no deja de experimentar la seducción de la otra. A menudo se hechiza ante monumentos, paisajes y rincones donde el tiempo ha sido congelado y asegura su propia inmortalidad: el jardín del Retiro, el Barrio de las Letras, el Escorial, las viejas ciudades gallegas, las catedrales, las aldeas vascas o asturianas. Su página sobre la Alcazaba granadina es, en ese sentido, una obrita maestra. En términos de humanidad inmediata, le ocurre entre los gitanos. Empieza observándolos con reticencia y desconfianza, según he recordado, pero termina encantándose, justamente, porque los ve exagerados, vehementes, gesticulantes e ignorantes de la sensatez y el término medio: trágicos. Una clave para España en general, si se quiere.

Generalizando y aceptando que se pueda hablar de un prototipo social masivo y dominante, el viajero ve a los españoles limpios, espontáneos, cabales, sanos de una salud violenta y agradable (Ortega llegó a juzgarla indecente). «A un leñador se lo puede convertir en un atleta; a un jorobado, imposible». Escolio: los españoles son leñadores. Trágicos, con el hacha en el puño, de una sola pieza, como exige la entereza del personaje en la tragedia.

Ahora bien. La concepción española de la vida es simétrica y propende a la fijeza, la inmovilidad. La fuerza de la pasión, el hecho de que tanto mujeres como varones sean capaces de llevar la mochila del pacífico caminante como el fusil del belicoso miliciano, impide el simulacro pero asimismo la psicología. Ello explica que en España no haya grandes novelistas. Son inimagiables un Dostoievski, un Flaubert, un Meredith españoles. Los narradores de España son verídicos y a Roberto Arlt lo aburren y lo revientan (sic). Hace la lista, bastante nutrida, pero observo una ausencia y es la del escritor español cuyas marcas más abundan en su literatura: Pío Baroja. El argentino lo ha indultado. Los dos amaron el espectáculo de la vida puerca, los dos leyeron con fruición folletines y novelas de aventuras, a los dos les entusiasmó vagar por los aledaños urbanos y los viejos caminos, los dos tuvieron el talento de saber seleccionar los datos descriptivos económicos y

esenciales, los dos se declararon anarquistas, ateos y admiradores de los místicos, los dos aunaron crueldad y compasión, los dos defendieron la escritura desprolija frente a la cuidadosa redacción de los Borges y los Valle-Inclán.

Arlt, escritor, no cuenta haber encontrado a ningún colega, con la muy curiosa excepción de Jacinto Grau, al que dedica dos cuidadas aguafuertes. Grau también se exiló en la Argentina, donde acabó sus días en 1958. Quizás Arlt lo fue a ver porque era autor de teatro y le podría ayudar con algún estreno madrileño. Se equivocó. Grau, escritor culterano y refinado, era un maldito de los escenarios, no obstante haber escrito algunos textos más que atendibles como *El señor de Pigmalión, El hijo pródigo* y *El conde Alarcos.* No tuvo predicamento ni en su época ni tampoco en el posfranquismo, cuando fueron recuperados tantos nombres inferiores a él.

Algo unía al sibarita don Jacinto y al frugal don Roberto. No perdían de vista a ninguna rubia. Y se creyeron, ambos, cumbres de las letras pertinentes, la vieja y pétrea España, la joven y fofa Argentina. Arlt escribió a su hermana Lila, en carta sin fechar: «Soy el mejor escritor de mi generación y el más desgraciado. Quizá por eso seré el mejor escritor». Baste la cita para justificar el único encuentro letrado del viajero en la España de esas vísperas que acabarían juntándolos tras el Atlántico ©.

BIBLIOGRAFIA

Roberto Arlt: *Aguafuertes españolas*. Presentación por Mirta Arlt. Fabril Editora, Buenos Aires, 1971

—: *Aguafuertes gallegas*. Edición y prólogo de Rodolfo Alonso. Ediciones do Castro, Coruña, 1997

—: *Aguafuertes vascas*. Prólogo, compilación y notas de Sylvia Saítta. Simurg, Buenos Aires, 2005

—: *Aguafuertes madrileñas. Presagio de una guerra civil*. Prólogo, compilación y notas de Sylvia Saítta. Losada, Buenos Aires, 1999

—: *Nuevas aguafuertes*. Losada, Buenos Aires, 1975

Omar Borré: *Roberto Arlt. Su vida y su obra*. Planeta, Buenos Aires, 1999

—: *Arlt y la crítica (1926-1990)*. América Libre, Buenos Aires, 1996.